

Viaje a la noche de los tiempos

Cultura El escritor Javier Sierra, el mayor best-seller español de estos días, sitúa en la recta final del Camino de Santiago a su última novela, *El ángel perdido*. Aquí, una crónica de un día junto al autor jugando a desovillar misterios que llevan al Arca de Noé.

Texto: Diego Heller (dheller@clarin.com) / enviado especial a España **Fotos:** Eutropio Rodríguez

De la nada, y como si tuviera algo contra el pobretipo, una racha de viento se empeña en acercarlo peligrosamente al precipicio. Más allá lo esperan tres hechos indubitables: una caída de cincuenta metros, un martan helado como encrespado, una muerte lenta y segura. El hombre, en un rapto de lucidez o de apego romántico a eso que por molicie llamamos vida, dice que no, que mejor las fotos se hagan algo más acá, que igual se entenderá que eso de atrás es el Atlántico Norte y que por algo la gente de otras épocas creía que aquí terminaba el mundo, un mundo que él suele poner en peligro pero en el blanco sobre negro de las novelas...

El hombre —para que tengan idea, un combo de Sergio Elguezábal y José Luis Zapatero— quiere cumplir sus cuarenta años en unos meses. Y tiene motivos: como todos, o tal vez algunos más. Es padre reciente de dos niñas —“de tres y un año, y no sabes lo despiertas que son”, comenta con ese or-

gullo impar de los que viven sus primeros tiempos en el club—, lleva diez años largos escribiendo best-sellers que triunfan en España y en los EE.UU. —entre otros países— y acaba de parir la que, supone, será su mejor obra: una de ángeles, terroristas, agentes secretos, brujas y la mar en coche. Imaginen a un Dan Brown que escriba en castellano —dicho esto en el sentido de que este hombre no maltrata a la gramática como su par yanqui—, que se documente en serio antes de ponerse a llenar páginas y que tenga un toque de humor que sirva de válvula de escape entre la tensión. Bueno, el ser que imaginaron es el autor de *El ángel perdido*, el españolísimo Javier Sierra. Nuestro anfitrión. El hombre que dice que ahora que todo terminó y que sigue de una pieza, se ganó la copa de vino del día, y la tomará en un rato en el mejor bodegón de toda Galicia. Allí, en un recordo de la playa de Langosteira, a un par de kilómetros del escabroso cabo de Finisterre, Sierra invita a una cena que otra que las

“Creo que necesitamos más que nunca trascendencia. A mí me ha llevado siete años escribir la novela, pero me hubiera gustado leerla sin saber el argumento”, dice Sierra.

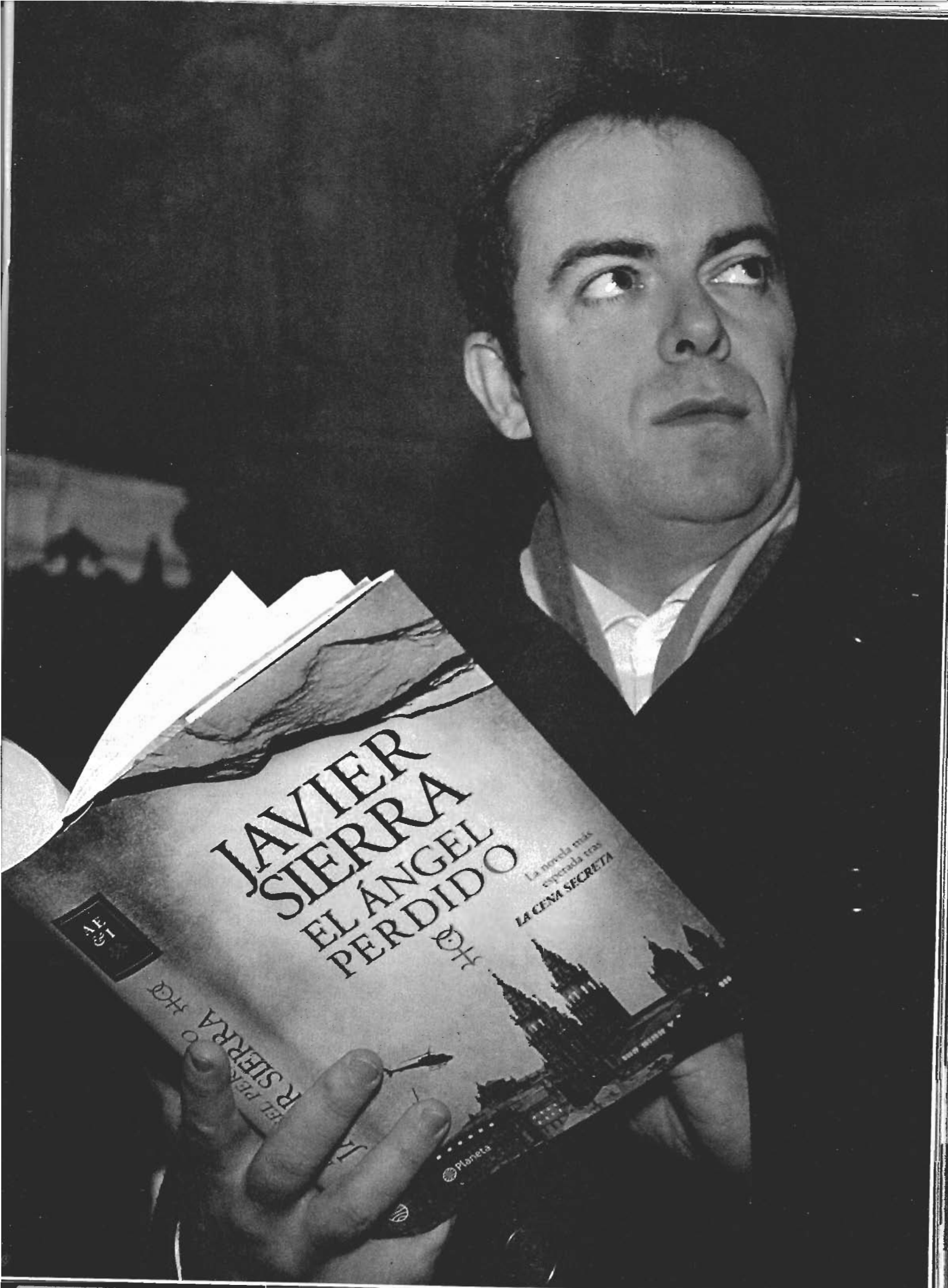
de Pantagruel en su desmesura: percebes, lubina a la sal, almejas al vino blanco y demás manjares regados por un Albariños blanco que hace que pone a la zona de Ribeira en el radar enológico.

“¿Y? ¿Te ha gustado el paseo de hoy? Algo aprendimos, ¿no?”, brinda el hombre, que alguna vez dirigió una revista y aún no termina de entender cómo ha llegado alguien de tan lejos para ver dónde fue que imaginó su obra. Algo aprendimos, sí...

Que uno sea agnóstico no importa: la Plaza do Obradoiro, en el corazón de Santiago de Compostela, impresiona. Piedras que vieron pasar y morir a generaciones, que fueron testigos mudas de raptos de éxtasis místico al por mayor. En sitios así, como en los viejos hospitales, la atmósfera tiene una electricidad distinta; iones que se han cargado de sentido, diría tal vez un químico que no se anime del todo a negar al de arriba...

Es la mañana de un día frío

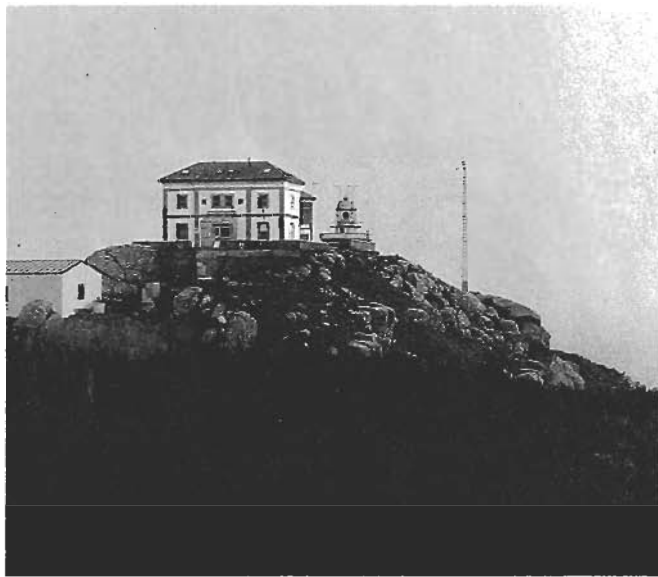
Libro en mano, Sierra recorre la catedral de Santiago.



JAVIER
SIERRA
EL ÁNGEL
PERDIDO

La novela más
esperada tras
LA CENA SECRETA

Planeta



Faro del Fin del Mundo, en Finisterre. La novela pasa por allí.

Las puertas de la percepción

El personaje principal de *El ángel perdido* es Julia Álvarez, una restauradora de iglesias que está haciendo lo suyo en El Pórtico de la Gloria de la catedral compostelana cuando es atacada por quienes a la vez parecen haber secuestrado a su marido. Así arranca la historia que Sierra imaginó basándose en un hecho real que hace al relato más fidedigno. Es que el Pórtico –un conjunto arquitectónico que representa el Apocalipsis, el ascenso al Cielo de Jesús y el Juicio final– está en terapia intensiva y desde hace cuatro años es sometido a un proceso de restauración que costará tres millones de euros. Para el escritor, hay algo que nunca podrán responder los expertos, y es cuál es el sentido intrínseco que tenía esta obra maestra del arte románico. “Es que este pórtico en realidad sustituye a uno anterior... Durante cuarenta años hubo otra representación

en la entrada de la catedral. De hecho, poner aquí una representación del Apocalipsis y de la llegada de la Nueva Jerusalén tiene un sentido pero no es completo. El pórtico anterior al que está siendo restaurado –así lo cuenta el Codice Calixtino, la primera guía del Camino de Santiago– representaba la transformación de Jesús en una criatura de luz frente a Juan, Pedro y Santiago. Cuando terminaba el peregrino el Camino de Santiago y llegaba a este lugar, lo que buscaba en su fuero interno era la transfiguración, dejar sus pecados y la parte terrenal de su existencia para convertirse en un ser de luz y entrar al Cielo, que era representado por el templo. Luego, cuando ochocientos años atrás el maestro Mateo quita el Pórtico de la Transfiguración para poner este Pórtico de la Gloria, en el fondo altera el sentido final del Camino...”, concluye Sierra.

de febrero en España, y Javier Sierra aún no sabe que en unas horas arriesgará el pellejo cerca del mar. Por ahora, señala a la catedral y habla de su thriller, que transcurre por aquí en buena parte de sus quinientas páginas. “Elegí Santiago porque es un lugar de frontera entre el más allá y el más acá –dice el hombre que supo dirigir la revista *Más allá de la ciencia*–. Era el límite entre lo conocido y la terra incognita.” Alguien le sopla que se hicieron doscientas mil copias del libro y que dos días después ya se encargaba en toda España una nueva edición: “No es sólo mérito mío, eh. Yo creo que necesitamos más que nunca trascendencia. A mí me ha llevado siete años escribirla, pero me hubiera gustado leerla sin saber el argumento”, dice.

El Pórtico de la Gloria de la catedral es una maravilla de ochocientos años que está siendo restaurada, y Sierra cuenta por qué *El ángel perdido* (recién editada en la Argentina por Planeta) comienza aquí, en un lugar que visitó por primera vez en 2003. “Lo interesante de la novela es que arranca y termina aquí, en este Pórtico. Aquí, en la base del porteluz –la columna central del monumento–, donde hay una figura de un hombre que acogota a un león en cada brazo y es la única cuyo sentido aún nadie logró descifrar... Unos –entre los que me incluyo y no sólo por motivos literarios– sostenemos que sería Gilgamesh, el héroe sumerio que se sublevó contra los dioses pidiéndoles lo que creía merecer, la inmortalidad. Cómo llegó aquí si era un personaje desconocido en Occidente hasta el siglo XIX es un enigma, e intenté resolverlo en la ficción”, dice. Y ya cebado, desempolva una vieja teoría que el deán de la catedral no querría escuchar; que Pristiliano, un gnóstico de mucho predicamento entre esos descendientes de los celtas que habitaban el noroeste de

la península ibérica en la Baja Edad Media, habría sido “convertido” en Galicia en el apóstol Santiago: “Si no puedes vencer a los herejes, pues conviértelos post mortem”, sería la idea, una suerte de primer palote del marketing religioso.

Ahora ya comimos unos pinchos deliciosos y un jamón de Jabugo de órdago, y estamos a cuarenta kilómetros de la catedral de Santiago, en Noia. Más precisamente en la iglesia de este pueblo gallego que es como un laberinto que da una de las rías que bebe del mar. Santa María da Nova –tal el nombre de esta capilla a un camposanto pegada– era el penúltimo eslabón de la peregrinación para los más serios caminantes, los que luego de pasar por el Pórtico de la Gloria seguían camino a Finisterre. Aquí, en esta pequeña iglesia, los propósitos de enmienda eran la regla. Cuenta Sierra que los hombres de siglos pasados, transfigurados tras haber sentido el aliento divino, enterraban simbólicamente sus oficios para renacer como hombres nuevos: “Lo hacían tallando signos que hoy nos parecen extraños en lápidas de piedra que esta iglesia tiene como ninguna otra en el mundo. Hay signos que todos entendemos –como los de los carpinteros y los pescadores–, pero muchos son un arcano para nosotros...”.

Así como pasó por Santiago de Compostela, Finisterre y Noia –todos escenarios de su novela–, el hombre que algún día vivió en Málaga y fue periodista viajó hasta Armenia en pos de datos centrales para su argumento: “Necesito pisar los lugares que describo. El monte Ararat es el más exótico de los escenarios de mi novela, y el lugar donde todos los misterios encuentran su resolución... No lo podía describir de oídas, así que me fui con dos alpinistas españoles y casi dejamos la piel en la trepada. Mientras subía, pen-

PARATHOM® CLASSIC A



Duran tanto
que te vas a
olvidar.

Una sensación brillante para tu casa.



Duran
25.000 hs.

Ahorran
80% de
energía

Color
Blanco
Cálido y
Blanco
Frio

OSRAM

OSRAM Argentina S.A.C.I.

Cultura. Viaje a la noche de los tiempos

“Elegí Santiago porque es un lugar de frontera entre el más allá y el más acá. Era el límite entre lo conocido y la terra incognita.”

saba mucho en que se dice que Marco Polo paró en esa montaña, en medio de la que según describió en sus relatos era una región seca y áspera. Allí dicen que está escondida en el hielo el Arca de Noé, y el mito del Arca es una obsesión para muchos... incluidos los personajes de mi novela. Lo cierto es que en esa montaña única se ven cosas extrañas, y que en julio de 1960 la revista *Life* publicó fotos de una formación pétreo de lo que se suponía era el arca. ¿Queremos ver lo que no hay? Yo no lo sé, pero lo que es seguro es que he optado por jugarme la piel en ese rival duro de 5.165 metros para que cuando escriba tenga autenticidad, vida, y allí arriba, sus mil y un recovecos pusieron a prueba los límites de mi propia búsqueda personal y literaria...”, dice Sierra.

Ana D'Atri, su editora en Planeta, cuenta que ni pensó en hacerlo desistir aunque la idea de que su autor más taquillero se despeñara en la frontera de Turquía y Armenia le amargó un par de noches.

De las callejuelas de Noia a la iglesia de Santa María da Nova, todo remite a la trama de *El ángel perdido* en este poblado gallego: aquí, en este empedrado gastado por siglos de erosión y pasos camino a misa, la heroína Julia Alvarez esquivaba balazos por un pelo; un poco más allá, dan ganas de hurgar en la tumba vacía y fría de Ioan de Esquivada —un viejo bodeguero, dice la leyenda—, donde en la novela se esconde un secreto capaz de conjurar un cataclismo global; afuera, en el camposanto,

descansa en paz un coadjutor malogrado en 1964, en tumba compartida con alguien que se convirtió del judaísmo: qué historia se esconde bajo las piedras, ése es otro misterio.

En el Ayuntamiento, el autor muestra el escudo de la comuna grabado en piedra. Un barco, una paloma con una hoja de laurel en el pico: realidad o ficción, aquí todos los caminos conducen al Arca. “¿Y qué diferencia la palabra Noia de Noé? Poco y nada. Es que esta zona de España era el final de la ruta neotítica”, cuenta Sierra. Lo increíble es que todo parece verosímil... a menos que media Galicia se haya complotado para mostrar un decorado y hacerlo pasar por realidad. Catalina de Rusia lo hizo, pero eran otros los recursos que tenía.

Más tarde, en Finisterre, allí donde el viento parece a punto de lograrlo que el Ararat no pudo —y donde es imposible no recordar a otro faro, el de Ushuaia, en otro fin del mundo—, Sierra contará cómo urdió el apoteósico final de su libro. “Se complicó porque tenía dos hijos chicos y no quería dejar a mi mujer sola, pero unos amigos me prestaron una casa para que le diera forma a los últimos capítulos...”

Detrás, un viento gélido arroja agua a ese mar que para los peregrinos de no hace tanto parecía el final de todas las cosas. Intoxicado de imágenes literarias, uno se siente en la isla de *Lainvención de Morel*, con esa tristeza infinita y esa sensación de duermela, de cruce entre realidad y ficción. No está mal. Nada mal.